

## El joven Lukács y la cultura

2019-11-07



**Kultura**

**PAUL BEITIA**

Es marzo de 1919. Georg Lukács pronuncia su conferencia “La vieja cultura y la nueva cultura” en una sala repleta de gente, mientras su poblado bigote ondea al son de sus labios. Aún a falta de fotografías que inmortalizasen el acontecimiento, uno se puede imaginar a jóvenes, estudiantes, trabajadores y trabajadoras escuchando atentamente sus palabras. Palabras como éstas: “El orden social capitalista se distinguía, ante todo, por el hecho de que en él la vida económica dejaba de ser un instrumento del funcionamiento vital de la sociedad: la vida económica se desplazó hacia el centro, era la finalidad de toda actividad social. La primera y principal consecuencia de este hecho, es que la vida social se transformó en una gran relación de intercambio, la totalidad de la sociedad aparecía en forma de un gran mercado. A nivel de las diversas funcionalidades vitales, esto se manifestaba de la siguiente manera: todo producto de la era capitalista, así como toda fuerza productiva o creadora, toma forma de mercancía. Todas las cosas dejan de ser bellas por sí mismas, en virtud de sus valores intrínsecos (por ejemplo, valores artísticos o morales) y sólo tienen valor como mercancía para vender y comprar en el mercado. Las consecuencias destructivas que esto ha tenido en toda forma de cultura son innegables.”

La historia es, algunas veces, tan impredecible como oportuna: la Revolución Soviética en Hungría, que justamente traía consigo la esperanza de una nueva cultura, se proclamó justo mientras Lukács estaba dando esta conferencia y tuvo que ser suspendida. Me gustaría saber cómo cambió la cara de Lukács cuando el mensajero entró a portazos y gritó en aquella aula a rebosar “¡Ha llegado la revolución!” o “¡Viva la revolución obrera!” o algo parecido. Me gustaría saber qué era lo que el ponente decía en aquel preciso momento. Puede que fuera esto: “El carácter de ser la finalidad en sí misma del hombre es la precondition sociológica de la cultura. Esta precondition, que se daba a las clases dominantes de las sociedades precapitalistas y que el capitalismo había cosificado a todo el mundo, será devuelta a todos en la última fase de la victoria del proletariado. Esta transformación, que significa el derrocamiento radical de la estructura de toda la sociedad, incumbe, por supuesto, a todos los fenómenos que hemos mencionado, al analizar los efectos destructivos del capitalismo sobre la cultura”.

En 1918, poco después de interesarse por la filosofía marxista y la política socialista, justo el año anterior a la conferencia mencionada, entró Lukács en el Partido Comunista de Hungría. Con la revolución, se instauró la República Soviética de Hungría y lo nombraron responsable del Comisariado de Educación y Cultura. Después de leer las citas anteriores podemos imaginar, más o menos, cuál era la concepción que tenía de la cultura y, por lo tanto, cuáles eran las bases de sus políticas culturales. Aunque la faceta de filósofo de Lukács sea la más conocida, sus actividades como político también son realmente interesantes.

A pesar de que la historia de la República Soviética de Hungría durase apenas desde marzo hasta agosto, en este lapso tan limitado Lukács tuvo tiempo que hacer algunos cambios. Nacionalizó teatros privados, bajó los precios de las entradas para los obreros y las obreras y promovió la creación del sindicato de actores. Expropió y convirtió en propiedad del estado varias obras de arte pertenecientes a burgueses y aristócratas húngaros -obras de Van Gogh, Goya, Renoir, etc.- con el fin de que éstas pudieran ser accesibles para cualquiera en la llamada “Primera exposición de obras maestras devueltas a la propiedad pública”.

“El arte nunca volverá a ser privilegio de los ricos ociosos”, reivindicó Lukács, “la cultura es el derecho de los trabajadores”. Estableció como lecturas obligatorias en la universidad varios textos clásicos del marxismo. El comisariado de Lukács hizo también un registro de los escritores más importantes de Hungría y les garantizó un ingreso fijo para que pudieran desempeñar su trabajo artístico. No puso condiciones al contenido de esas obras y defendió el arte clásico y de calidad, incluso cuando éste era contrario a la República. El comisariado de Lukács, así mismo, decidió no condicionar la calidad de las obras ni la orientación política de los artistas que patrocinaba. El departamento no debía ser un cuerpo crítico.

Se podrían sacar varias conclusiones de las políticas culturales de Lukács, pero la más relevante es la idea de la importancia de las cuestiones culturales y artísticas en la lucha por el socialismo. Así lo manifestó en su discurso –recogido en el libro *Táctica y Ética*– en el Congreso de Jóvenes Trabajadores tras la proclamación de la República Soviética: “La cultura debe ser el objetivo principal de vuestras vidas; asegurad que la nueva cultura tenga contenido y objetivo. Vuestro espíritu determinará todo el contenido de la nueva cultura; todo será resultado y dependerá de vuestro aprendizaje y desarrollo. La construcción de la nueva sociedad, la sociedad del socialismo, por la que hemos luchado y seguimos luchando, es vuestra tarea y responsabilidad”.

Preocuparnos y responsabilizarnos de la cultura, para los socialistas, no significa ocuparnos exclusivamente del folclore o de cuestiones estrictamente artísticas; sobre todo significa hacer nuestra la responsabilidad de la creación de una nueva forma de vida, de la sociedad socialista. El movimiento socialista que se está desarrollando hoy en Euskal Herria es, en mi opinión, muy consciente de esta responsabilidad cultural: Las críticas fructíferas a las relaciones personales, las prácticas políticas basadas en la solidaridad, la importancia de la formación teórica y política y los cambios radicales en el modelo de militancia son, entre otros muchos, ejemplo de ello. En cuanto a las cuestiones artísticas, ya he afirmado en anteriores artículos de este periódico que el nuevo arte sólo puede entenderse en relación a la construcción de una nueva cultura: Sin la superación de la dependencia hacia la vida económica que le es intrínseca al capitalismo, no se podrán desarrollar plenamente ni la vida cultural ni la vida artística. Pero, mientras tanto yo, por lo menos, coincido con las dos consignas del joven Lukács: Que el arte, del cual ha sido desposeída sistemáticamente la totalidad de clase trabajadora, le sea realmente accesible y que los artistas puedan desempeñar su trabajo con plena libertad política.